

Historia de las Antillas

Directora: Consuelo Naranjo Orovio (CSIC)

Vol. 1: *Historia de Cuba*. Consuelo Naranjo Orovio (Coord.)

Vol. 2: *Historia de la República Dominicana*. Frank Moya Pons (Coord.)

Vol. 3: *Historia de las Antillas no hispanas*. Ana Crespo Solana y M^a Dolores González-Ripoll (Coords.)

Vol. 4: *Historia de Puerto Rico*. Luis E. González Vales y María Dolores Luque (Coords.)

Vol. 5: *Historia comparada de las Antillas*. José Antonio Piqueras Arenas (Coord.)

Colección Antilia

Directora: Consuelo Naranjo Orovio (CSIC)

Comité científico:

Luis Agraít

Roberto Cassá

Paul Estrade

Leida Fernández Prieto

Alejandro de la Fuente

Luis Miguel García Mora

M^a Dolores González-Ripoll

Antonio Gutiérrez Escudero

Elena Hernández Sandoica

Enrique López Mesa

María Dolores Luque

Sidney Mintz

Josef Opatrný

Manuel de Paz-Sánchez

José Antonio Piqueras Arenas

Miguel Á. Puig-Samper Mulero

Antonio Santamaría García

Rebecca Scott

Pablo Tornero Tinajero

Michael Zeuske

Editor: Pedro Miguel Sánchez Moreno

HISTORIA DE LAS ANTILLAS

Directora

Consuelo Naranjo Orovio

Volumen V

Historia comparada de las Antillas

Coordinador

José Antonio Piqueras Arenas

Equipo editorial

Leida Fernández Prieto

M^a Dolores González-Ripoll

EDICIONES DOCE CALLES

OFICINA DEL HISTORIADOR DE PUERTO RICO

FUNDACIÓN INSTITUTO DE HISTORIA SOCIAL

FUNDACIÓN VUELATABAJO

FERNAND BRAUDEL CENTER FOR THE STUDY OF ECONOMIES, HISTORICAL
SYSTEMS, AND CIVILIZATIONS AT BINGHAMTON UNIVERSITY, SUNY

CARIBBEAN AND LATIN/O AMERICAN STUDIES.
UNIVERSITY AT BUFFALO, SUNY

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Esta obra forma parte de la investigación realizada en el marco de los proyectos de investigación HAR2012-37455-C03-01, HAR2012-36481, financiados por el MINECO y de la Unidad Asociada del CSIC, «Historia Social Comparada» (Universitat Jaume I)

Imagen de cubierta: *Insulae Americanae in Oceano Septentrional cum Terris adiacentibus* (1671). Jan Jansson 1588-1664 y Arnoldus Montanus (1625?-1683) [Amsterdam]

© de cada texto, su autor

© de la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L.

© de futuras ediciones: Ediciones Doce Calles, S. L.

ISBN (Doce Calles) Obra completa: 978-84-9744-076-9

ISBN (Doce Calles) Vol. V: 978-84-9744-166-7

D.L.: M-22419-2014

Impreso en España. *Printed in Spain*

«[...] cada isla es una entidad distinta e idiosincrásica,
una civilización, o su reverso,
de orígenes fortuitos y evolución empírica».

Patrick Leigh Fermor, *El árbol del viajero. Un viaje por las Antillas*

INTRODUCCIÓN

El término *Caribe* evoca tantos significados como lugares desde los que se observe y se es observado. Región de regiones, tan siquiera existe conformidad sobre sus límites y alcance: la denominación se extiende a las islas bañadas por este mar, los archipiélagos atlánticos contiguos y las costas del continente que pertenecen a países que por lo general no se autodefinen con este calificativo puesto que poseen otra dimensión nacional dominante. La tradición de estudios británica circunscribe la designación a las islas y a dos enclaves continentales, Belice y las Guayanas, por su pasado plantacionista, su consecuente perfil étnico y su asimilación cultural al mundo caribeño, y omite áreas tan «caribeñas» por pasado, cultura y población como los litorales colombiano, venezolano y centroamericano. Ese mismo criterio –dependiendo de las épocas, las sociedades y los intercambios– podría ser aplicado a una amplia extensión de las costas del Golfo de México, desde Luisiana a Florida, como por tradición no existe duda en reconocerlo al mexicano puerto de Veracruz.

Formado por ámbitos geográficos yuxtapuestos, con semejanzas y diferencias acusadas, el Caribe comprende de modo indiscutible al archipiélago de las Antillas: un ámbito definido por la insularidad física, la presencia de una diversidad de colonialismos que no encuentra parangón en el continente y que reproduce una pequeña babel de lenguas y dialectos, el exterminio de los pueblos originarios, una considerable migración forzada africana y un extenso mestizaje de gentes y costumbres. Con mayor o menor continuidad, durante siglos, fueron dominios de la economía y la sociedad de plantación. En fin, estamos ante un universo hecho de fragmentos que a cada paso reclaman el esfuerzo de la memoria singular frente a la imagen que transmiten los folletos turísticos, como sostiene Derek Walcott: «un lago azul [...] con islas de goma infladas que cabecean en el agua y cócteles con sombrillas que flotan hacia ellas arrastrados por la corriente. Así es como las islas, movidas por la vergüenza de la necesidad, se venden al mundo; esta es la erosión estacional de su identidad, esa estridente repetición de las mismas imágenes que no sabe distinguir una isla de la otra». El poeta de Santa Lucía concluye: «El Caribe no es un lugar idílico, no para sus nativos» (Walcott, 2000). No fue idílica en el pasado y no lo es en el presente para muchos de sus pobladores. Pero si algo lo caracteriza es la ausencia de uniformidad, de manera que es posible hallar todas las situaciones: en las Antillas se sitúan el país con el PIB per cápita más alto de América Latina, a la vez inferior al de cualquier estado de la Unión norteamericana, y el país más pobre y olvidado del hemisferio occidental. En las Antillas subsiste, a los veinticinco años de su desaparición en el resto del mundo, la tensión y las consecuencias de la Guerra Fría; condiciona no solo la actualidad cotidiana sino que impregna las perspectivas de los especialistas sobre el pasado hasta el punto de imposibilitar muchas veces consensos básicos e incluso la posibilidad de reunir visiones divergentes en una misma obra, algo que logró sortearse con relativo éxito en Europa en los años cincuenta y sesenta. En paralelo, también las visiones del pasado son susceptibles de ser

contaminadas por la herencia colonial de cada cultura insular y el prisma de los valores europeos –y estadounidense en el último medio siglo– con los que a menudo se miden los fenómenos locales: la tristeza morbosa que encierra el epígrafe *Tristes trópicos* –de nuevo en palabras de Walcott– es un reflejo de la actitud de incompreensión hacia unas ciudades, una cultura, una naturaleza y unos crepúsculos distintos de las ciudades y las culturas de unas metrópolis en las que aparentemente se inspiran.

Decididamente, el Caribe no está hecho por islas que se repiten, al contrario de lo que afirmó Antonio Benítez Rojo en su conocido ensayo literario y antropológico, un torrente de palabras, ideas y metáforas tan cerca de la posmodernidad como alejado de los fundamentos históricos, a pesar de servirse de materiales de derribo de esta procedencia con los que construye la tesis del meta-archipiélago, un lugar y un no-lugar cuya esencia vendría dada por la violencia que nace del complejo de la plantación y por la dinámica de las culturas resumida en las palabras actuación y ritmo, dice, que «se repiten y navegan por los mares del tiempo sin llegar a ninguna parte», en un «caos espiral» alternativo a las lecturas uniformadoras y a las lecturas diferenciadoras (Benítez Rojo, 1998: 17-18, 54-57). La amalgama humana y el puzzle de piezas recortadas, distintas en sus formas, tamaños y encajes, que permiten dibujar el mapa antillano son tan singulares como sus respectivas experiencias, hechas de elementos semejantes y de particularidades distintivas; caben en ellas color, ritmo y sabor, pero de la misma forma que nadie reduciría a estos tópicos la esencia de una colectividad ni el devenir de un pueblo, las Antillas reclaman estudios específicos que las contemplen en una complejidad que resiste ser reducida a un lugar común, y a la vez discute el aislamiento auspiciado por la insularidad. Ya Sidney Mintz advirtió el error de pretender definir el Caribe por una unidad cultural, étnica o lingüística que no existen, puesto que sus mismas «tradiciones históricas» son disímiles; proponía, en cambio, acercarse a los rasgos socioestructurales que habían alimentado sociedades con más semejanzas que distancias (Mintz, 1966), que sin embargo son también notorias.

El archipiélago de las Antillas integra hoy día unos veinticinco países que se reparten a lo largo de más de 3.500 kilómetros de distancia, la mitad constituidos en Estados independientes, muchos de ellos nacidos de políticas artificiales de separación de identidades (Knight, 1978). Con unos cuarenta millones de habitantes, los proyectos de integración económica, política y cultural han ofrecido hasta la fecha resultados muy limitados. Cuatro lenguas europeas –español, francés, inglés y holandés–, el *creole* haitiano, el *papiamentu* de las Antillas neerlandesas, y multitud de hablas vivas son empleadas para comunicarse y a la vez incomunican unos territorios de otros, pues una gran mayoría de la población desconoce los idiomas de sus vecinos. La historia que se estudia, de otro lado, rara vez es la historia de las Antillas sino de cada nación y parcialmente de la potencia colonizadora. Si la discontinuidad física fue salvada en el pasado, aún bajo las leyes de exclusividad mercantil, por el tráfico continuado de mercancías, ideas y personas, la distancia se ha profundizado debido a la tendencia al aislamiento político, a los vínculos bilaterales creados con las antiguas potencias y -en su caso– con las actuales metrópolis,

pues las Antillas reúnen en el siglo XXI la mayor concentración en los cinco continentes de territorios de soberanía externa, con los estatus más diversos: estado libre asociado, departamento de ultramar, colectividad francesa de ultramar, estado autónomo federado, territorio no incorporado, colonias o territorios británicos de ultramar...

Región formada por círculos policéntricos que en sus zonas de contacto comprende superposiciones, al modo de los antiguos hatos circulares tirados a cordel en las mercedaciones de tierras en las islas españolas, las Antillas se han resistido a un relato único, y a la vez, por motivos de otra índole, «la heterogeneidad racial y etnohistórica del archipiélago socava la linealidad de los relatos nacionales y genera negaciones y debates», en palabras de Arcadio Díaz Quiñones. «De hecho –continúa–, el término Caribe llegó a ser en algunos casos sinónimo de lo afrocaribeño, contrapuesto a la ‘superioridad’ del mundo hispánico o a la óptica idealizadora del mestizaje del discurso nacionalista. Paralelamente, caribeño es uno de los eufemismos empleados con frecuencia en lugar del despectivo ‘negro’» (Díaz Quiñones, 2007: 7). En efecto, el Caribe insular participa de la condición latinoamericana y a la vez no queda comprendido plenamente en ella, no solo porque uno de cada siete de sus actuales habitantes se inscriben en las áreas lingüísticas inglesa u holandesa, sino por el predominio –tomado en su conjunto– de la población afrodescendiente, no obstante ser inferior a la tercera parte en Cuba y Puerto Rico según los censos oficiales. Porque la huella de la plantación y de la esclavitud, siendo perceptibles, no lo explican todo ni la historia se detiene con ella, y si llega a explicar la composición racial de la República Dominicana, en contraste con la otra parte de la isla de La Española, las plantaciones esclavistas nunca gobernaron este territorio y su máxima expansión tuvo lugar en el siglo XX con trabajo asalariado. Historias semejantes, historias diversas, todas son distintas. Y si embargo existe una serie de hilos que anudan la experiencia conjunta de las islas, unas veces compartida, otras divergentes.

Sostenía en 1783 el abbé de Mably en *L'manière d'écrire l'histoire* que la mejor manera de no tomar los «prejuicios nacionales por las verdades» consistía en hacerse una idea general de la historia universal, conociendo otras experiencias y sometiéndolas a comparación. El método no solo nos informará de los aspectos comunes, haciendo relativo lo que se creía único, sino que ayuda a valorar cuánto de singular poseen los fenómenos nacionales, y separándose de la recomendación de Mably, que renunciaba a «desarrollar las causas del acontecimiento», se guía por buscar las relaciones causales. Si la historia comparada comenzó siendo un esfuerzo destinado a encontrar factores de progreso, estableciendo contrastes en la evolución de las instituciones de la antigüedad, entre sí y con las épocas modernas, hace tiempo que ha abandonado ese horizonte teleológico y ha cobrado carta de naturaleza como perspectiva enriquecedora que discute tanto las narraciones nacionales, todas singulares, como la indeterminación de ciertas categorías económicas, culturales y antropológicas al proponerse examinar condiciones y trayectorias con el fin de favorecer el conocimiento de los fenómenos históricos en su extensión, y de las experiencias particulares que comparten elementos.

Las Antillas se ofrecen como un espacio privilegiado a la comparación por cuanto llevamos indicado. La primera cuestión que se suscita es qué seleccionar, qué comparar, cómo hacerlo. La agenda debiera comenzar por lo próximo: las islas de una misma procedencia colonial, después unas con otras. Otros argumentarán que la propuesta reproduce las barreras de la colonización e impiden descubrir las dinámicas específicas de la región. En la obra que ahora se presenta, tres de cada cuatro estudios abordan comparaciones transversales y la restante se define por ámbitos más uniformes en razón de los temas escogidos. Podrá argumentarse, probablemente, otra selección de cuestiones. No lo discutiremos. La actual responde a un primer planteamiento tomado en consideración la relevancia global de los temas, el estado de conocimiento sobre determinados aspectos, la posibilidad de impulsar estudios en ciertas direcciones y la existencia de cuatro importantes obras colectivas en esta misma colección, en la obra general de *Historia de las Antillas* que dirige la Dra. Consuelo Naranjo Orovio, y que en más de 2.800 páginas ha dado cuenta de las historias particulares de la mano de un amplio elenco de especialistas. Vengan nuevos estudios en la misma dirección, y con gusto nos consideraremos simplemente un tramo de un largo y fructífero trayecto.

José Antonio Piqueras

Coordinador

Historia Social Comparada (Universitat Jaume I)/

Unidad Asociada del CSIC



(Izquierda y derecha) Ingenio central *Caracas*, Cuba, 1899



Básculas de caña de azúcar

Ingenio central *La Union*, San Luis, Santiago de Cuba, 1899



Batey y campos de caña del ingenio *Claridad*, Rancho Veloz, Santa Clara



Un aserradero a lo largo del ferrocarril



Corte de polines y travesaños



Central del ingenio *Providencia*, Güines, Cuba



Campos de Trinidad,
junto al ingenio *Iznaga*,
Cuba (Foto R. Funes)



Roturación de tierra,
provincia de Las Tunas,
Cuba (Foto C. Naranjo
Orovio)



Campesino cubano,
provincia de Las Tunas,
Cuba (Foto C. Naranjo
Orovio)



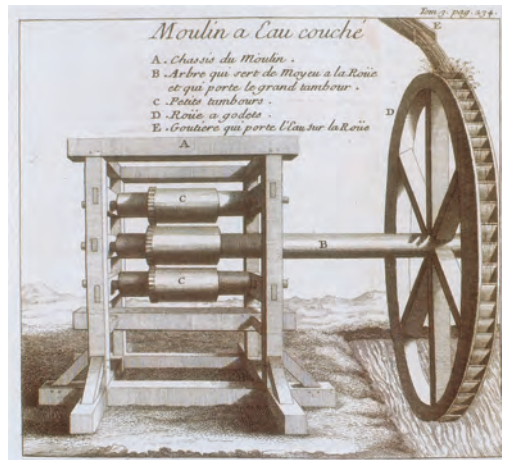
Ingenio Manacas, Santa Clara,
Cuba (Foto R. Funes)



Ingenio Santa Isabel,
Camagüey, Cuba (Foto M.A.
Puig-Samper)



Trapiche de azúcar en Santo Domingo, mediados de siglo XVI (recreación de Theodoro de Bry, 1594). Johann Ludwig Gottfried, *Neue Welt vnd americanische Historien*, Frankfurt, 1655



(Izquierda) Molino de tres rodillos movido por caballos. Brasil, siglo XVIII. Diderot y D'Alembert, *Enciclopedia*, 1762. (Derecha) Molino de tres rodillos movido por fuerza hidráulica. La imagen corresponde a comienzos del siglo XVIII. El fundamento de su funcionamiento se introduce hacia 1610. Labat, *Nouveau voyage aux Iles de l'Amerique*, 1742



Hacienda azucarera holandesa de Brasil. Vries, Simon (1682), *Curieuse aenmerckingen der bysonderste Oost en West-Indische verwonderens-waerdige dingen*, Utrecht, Johannes Ribbius, 1682



Mapa de Barbados con indicación de las plantaciones (1673) Ligon, Richard, A *True & Exact History of the Island of Barbados*, Londres, 1657-1674

Trapiche azucarero de las Antillas. Charles Cesar de Rochefort, *Histoire Naturelle et Morale des Iles Antilles*, 1665



Plano de una hacienda de 300 acres en Barbados (1646). En la parte inferior izquierda se localiza el molino y la casa de purga y almacén, cerca del embarcadero. Las tres grandes zonas sombreadas corresponden a áreas de cultivo de caña y patatas, así como a pastos. El recuadro superior derecho incluye la anotación de tierra limpia, esto es, preparada para roturar y sembrar caña. Fuente: John Carter Brown Library, Brown University

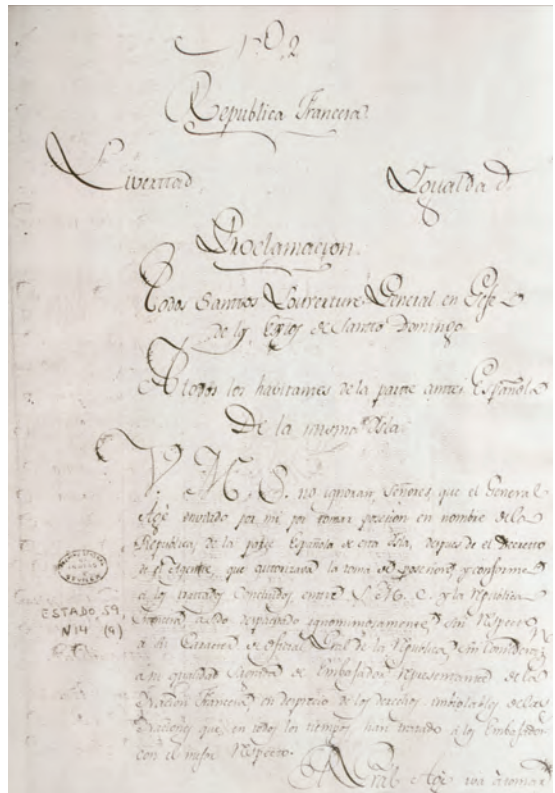


Ruinas del Hospital de San Nicolás de Bari, Santo Domingo. Vista parcial del crucero. Esta fue la estructura de mayor tamaño construida durante la primera mitad del siglo XVI en la ciudad. Su estado ruinoso responde al terremoto de 1614 y es una imagen que refleja el estado en que quedó la ciudad luego de aquel evento y de las devastaciones del gobernador Osorio

Proclamación (de) «Todos Santos Louverture, General en Gefe de los Ejércitos de Santo Domingo a Todos los havitantes de la parte antes Española de la misma Ysla». Como todos los decretos y proclamas de Louverture su encabezamiento reza: «Livertad» e «Igualdad». (AGI, Estado, 59, n. 14, d. 16: 3)



Francois Dominique Toussaint-Louverture





Mapa de asedio de Crête-à-Pierrot o Lakrèt-a-Pyewo en el valle del Río Artibonite, Haití

Ruinas de la fortaleza abaluartada de Crête-à-Pierrot.

Los hombres y mujeres de Louverture, bajo el mando de Dessalines, resistieron aquí el asedio de las tropas napoleónicas del 4 al 24 de marzo de 1802. *Histoire militaire de la Revolution de Saint-Domingue...*, by Isidore Henry de Poyen-Bellisles

Retrato de Alexandre Sabès Pétion (1770-1818), primer presidente de la República de Haití (1806-1818)



Anónimo,
General
Jean-Jacques
Dessalines
(1758-1806)





El acorazado *Maine* entrando en la bahía de La Habana el 25 de enero de 1898. A las 21:40 del 15 de febrero de 1898, una explosión ilumina el puerto de La Habana. El *Maine* había saltado por los aires

Su primera denominación oficial fue V-2, siendo puesta su quilla en los Astillero Navales de Portsmouth el 20 de Octubre de 1921, botado el 27 de Diciembre de 1924 y entregado a la US Navy el 26 de Septiembre de 1925. Asignado al principio a la División de Submarinos N° 20, operando a lo largo de la costa atlántica y en el Caribe. En noviembre de 1927, el V-2 fue trasladado a la Base de San Diego, siendo su area de operaciones la costa oeste, las islas hawaianas, y el Caribe



USS Ranger (CV 4), el primer buque de la Armada EE.UU. construido desde la quilla como un portaaviones, transita por el Canal de Panamá el 12 de octubre 1945



Fotos piezas aviones derribados durante Playa Girón.

Fotografías: Betsaida Velez-Natal. Museo Memorial de la Comandancia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Central Australia, Playa Girón



En los primeros días de noviembre de 1960, Kruschov envió a Mikoyan —el número dos en la jerarquía soviética, su principal mediador en el extranjero y un amigo de Castro— a La Habana. Foto del libro *One Hell of a Gamble*, de Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali



Centro Espacial Guayanés, Kourou. 18 marzo 2009



Virgen de Regla (Foto: M.A. Puig-Samper)



Ifá (Cuba)



Trono de Yemayá (Osha) Cuba



Pequeño altar de Santería
(Foto: M.A. Puig-Samper)



Santera, Regla,
Cuba (Foto: M.A.
Puig-Samper)





Dibujo 1. Oruga de otra esfinge; 2. Larva xilófaga de un escarabajo de la madera (¿Coleópteros ceraméricos?); 3. Oruga de una esfinge (Lepidópteros, familia Eufimidos, especie *Pseudosphinx tetrio*); 4. Crisálida de la especie anterior. José Guio. Real Comisión de Guantánamo 1796-1802, Archivo del Museo Naval, Madrid



Banisteria Laurifolia. Expedición de Sessé y Mociño, Real Jardín Botánico de Madrid



Nicolas Thomas Baudin, 1754-1803